

## **Paginas históricas**

### **La Genealogía Propulsora De Democracia**

**Diciembre 7 de 1952**

**Por el Conde de San Juan de Jaruco**

El sentir popular cubano en relación con la rama histórica que se ocupa de las familias del país consiste en creer que la misma propicia ideas contrarias a la igualdad ciudadana propugnada por nuestra Constitución política y por la filosofía en boga en todo el mundo civilizado. De acuerdo con ese sentir, la Genealogía constituye una rama del saber humano que debería desaparecer por considerarla las generaciones actuales como conjunto de ideas rechazadas ya por el pensamiento moderno.

Créese así que mediante la consideración de estos estudios se fomenta la creación de un nivel superior de reducido número de personas que sabiéndose pertenecer a él, menosprecian al resto de sus conciudadanos que forman el mayor número de los integrantes del país.

Mi experiencia me ha dictado que esta opinión es sustentada por una mayoría de los llamados intelectuales de nuestra nación, por una gran cantidad de personas que forman la clase profesional y culta, por algunos de los integrantes de la clase media económicamente hablando, y aun por una buena parte de nuestros más ilustres sacerdotes nativos y peninsulares de nacimiento.

Sin embargo, debo hacer saber que la observación a través de los años me ha hecho notar que la ya citada clase media (siempre considerada desde el punto de vista económico), es el grupo social que cuenta en sus filas con mayor número de adeptos a la consideración de los méritos familiares sucedidos a través de las generaciones y de los siglos. En efecto, los pequeños propietarios, los empleados con remuneración media y confortable, los profesionales con entradas relativamente limitadas, las personas del sexo femenino con ideas que tienden amorosamente al sentir familiar y nacional cubanoespañol, y los demás cubanos establecidos en las distintas regiones de la Isla que quizás por hacer vida más hogareña que los que residen en La Habana, estiman las ideas familiares y tradicionales; todas ellas constituyen el núcleo principal de defensa ideológica y material que hará perdurar la Genealogía por todo el tiempo que abarquen sus existencias, y la de sus hijos y demás descendientes que se mantengan dentro de ese mismo nivel económico de vida, siendo por tanto dicha sucesión de generaciones la que hará que estas materias nunca cesen en su constante esfuerzo por hacerles comprender a los hombres, que ellos mismos no han sido traídos al mundo por generación espontánea, sino por otros hombres y mujeres iguales que ellos y aun mejores en muchos estilos, que se esforzaron por legarles un mundo mejor dentro de sus posibilidades y propio enfocamiento de la vida; y recordándoles también que las riquezas y demás objetos materiales que nos rodean, son en gran parte producto del

trabajo de las generaciones anteriores, para que así, sean fermentados por las presentes y las futuras.

La mencionada observación de ser la clase media la principal defensora de estos estudios, y el constituir dicha observación, producto de un hombre que como el que suscribe no tiene razón alguna por qué declarar algo que se aparte de la verdad, sería suficiente para echar a rodar el erróneo concepto que tienen el resto de mis conciudadanos en relación con la Genealogía que ya quedó expuesto en los dos primeros párrafos de este escrito. Esto es así, tanto más cuando sabemos que las personas que forman la repetida clase media en unión de las más pobres (llamadas hoy “obreros”, como consecuencia del industrialismo moderno), han sido consideradas unánimemente como el núcleo central y básico de las nacionalidades democráticas modernas.

Antes de pasar a la argumentación principal de este trabajo, quiero añadir que los millares de consultas evacuadas por mí en los últimos años de índole verbal, escrita y aún telefónica si cabe la distinción desde un punto de vista modernísimo, han sido realizadas a personas de las enumeradas como integrantes de la clase que he llamado defensora de estas materias.

Ahora quiero hacerles notar a los señores que consideran la Genealogía como nociva a la salud social desde el punto de vista de la igualdad que debe existir en el país de acuerdo con las doctrinas del momento y con el pensamiento general, que la obra genealógica “Historia de Familias Cubanas” que contiene la casi totalidad de los datos y referencias históricas que he acumulado durante tantos años de tenaz labor, da a conocer a la nación la forma en que se han desenvuelto a través de los siglos, no solamente las familias que integran la más rancia clase social de Cuba, las cuales por su número demasiado reducido y por ser el sistema empleado para la narración histórica el más breve y conciso posible, apenas llegaría a completar un volumen de los doce que formará mi publicación, a pesar de la incomparablemente dilatada y fecunda labor realizada por esos primeros linajes que ganaron su categoría precisamente trabajando en Cuba más y durante superior número de generaciones, mereciendo así el otorgamiento por parte de los monarcas gobernantes, de títulos nobiliarios y otros honores de esa índole; sino que dedica su principal esfuerzo la susodicha Obra Genealógica, a la publicación de la historia de apellidos, casi siempre desde su arribo a nuestra Isla del primero de sus representantes que hizo por tanto el nombre cubano, y que formaron familias en Cuba que sin haber llegado a crear estirpes de primerísima brillantez desde el punto de vista nobiliario, si constituyen fuente constante durante más o menos generaciones, de hidalgo esfuerzo creativo de superación social, que ha hecho que nuestro país se haya mantenido al nivel de las normas civilizadas que le permiten ser contado entre las naciones más adelantadas en proporción a su población.

Si los aludidos señores que se complacen en negar mi aseveración antes de continuar aferrados a su errónea creencia, se molestaran en posar su vista en las páginas de mi obra histórica, podrían apreciar que el contenido de la misma se refiere en sus nueve

décimas partes a conjuntos familiares y a personas a quienes si fuera posible hablarles por conservar aún sus vidas ya perdidas por la acción inevitable del tiempo, parecerían perfectamente risibles y absurdas las manifestaciones de esos mis contemporáneos denominándolos altivos aristócratas y pertenecientes a orgullosos linajes.

Al expresar que esas familias no pertenecen a la primerísima nobleza del país, que como en todas las naciones del mundo existe en Cuba, ya que no somos un conjunto de seres de otro planeta, sino de corrientísimos terrícolas y humanos por tanto; no quiero decir que constituyan apellidos no dignos de considerarse como muy honorables y llevados por personas que lucharon para mantener por varias generaciones una digna e independiente posición social y aún económica, sino que no pueden clasificárselas en los anales de nobleza al estilo europeo y de las viejas tradiciones nobiliarias con sabor y carácter monárquico que miran con simpatía ese tipo de organización estatal: pues todo lo contrario, ellas crearon y mantuvieron durante mucho tiempo hasta nuestros días, el espíritu esencialmente democrático y criollo que hoy caracteriza al país que vivimos, y a la nación española de donde venimos.

Luego si el autor de la principal obra genealógica en nuestro país, declara en forma pública que su labor mayormente se relaciona con el tipo de familia que a través de varias generaciones ha dado por resultado en Cuba el ambiente sencillo y de igualdad democrática que impera en el país, ¿cómo es posible que tantos y tantos mal intencionados persistan en declarar que esta rama de la Historia fomenta y da calor a una clase social que se considera a sí misma superior a los demás cubanos? ¿Sera que los que así se expresan, por falta de educación (y fíjense que no digo “instrucción”, que es un concepto completamente distinto) estiman que ellos se considerarían tontamente superiores y que por tanto procederían en forma impropia y aun ridícula, si sus nombres estuvieran incluidos en la relación de familias vinculadas a la Historia Nacional? Las contestaciones a esas preguntas las dejo a cada una de las personas que se sientan afectadas por ellas, rogando como es natural que siempre sean efectuadas en un plano absolutamente desconocido para mi persona o lo que es más claro, que no deseo conocer las respuestas en ninguna de sus manifestaciones, pues este escrito como todos los anteriores y los futuros que aparezcan en el DIARIO, están dirigidos exclusivamente a los cubanos de buena fe y amantes de las eternas tradiciones familiares, y por tanto desprovistos de pasiones impropias y denigrantes de la naturaleza humana tales como la envidia, rivalidad injusta y demás sentimientos inferiorizantes. Ojalá que estos trabajos logran aumentar en alguna forma, el número de conciudadanos que reúnan las condiciones de carácter y de amor a la sociedad, que se requieren para vivir en paz entre sí y aun consigo mismo, permitiéndoles así apreciar imparcialmente estos razonamientos y cualesquiera otros de análoga naturaleza genealógica.

Ahora bien, quiero aprovechar la ocasión para aclarar que “Historia de Familias Cubanas” no puede ser considerada como un Catálogo contentivo de todas las familias del tipo a que hacemos alusión como el forjador de nuestro estilo democrático nacional, pues solamente incluye una gran mayoría de las que “durante varias generaciones han venido

realizando esa labor constructiva” a que hemos hecho referencia; por lo que admito la afirmación de que en el país hay y ha habido otros muy honorables grupos familiares que lucharon durante mucho tiempo por mejorarse ellos mismos, y por consecuencia a su propia nación. Quede así establecido una vez más, que mi Obra Genealógica no es una lista exhaustiva de apellidos útiles a Cuba.

Para terminar esta breve exposición en relación con lo beneficioso que resulta a las ideas democráticas el conocimiento por parte de la mayor cantidad posible de ciudadanos, de las materias consideradas por la rama genealógica de la Historia, deseo tratar escuetamente la opinión sustentada por muchos otros genealogistas extranjeros refiriéndose a sus propios problemas nacionales. Consiste esa opinión, que por cierto no ha sido rechazada prácticamente en país alguno, en afirmar que dando a conocer la hoja de servicios de apellidos a través del tiempo en que se han sucedido sus miembros en el suelo patrio, se tiende a incrementar el incentivo necesario muchas veces en el ser humano para obtener su superación, y así producir utilidad a sí mismo y por tanto a la colectividad donde desenvuelve su vida. En efecto es indudable que el buen ejemplo que brindan los nombres de familias antiguas y laboriosas da por resultado en los contemporáneos el deseo de imitarlos para llegar a adquirir un nombre prestigioso y de solidez material y espiritual dentro del grupo social respectivo.

Y lo que es muy importante: miles y miles de cubanos que por motivos varios desconocen su ascendencia vinculada a la Historia Nacional bien sea por su primer apellido o por cualquier otro de los más cercanos, por medido de la divulgación de estos estudios llegarán a saber que en épocas anteriores otros cubanos con sus mismos nombres vivieron vicisitudes semejantes a las propias, haciendo este fenómeno que en la mente del contemporáneo se desarrolle ampliamente el amor a la tierra que le correspondió por patria, y que surja en él una mayor consideración y responsabilidad hacia los problemas personales y colectivos, que producirán mejores y más variados frutos en su diaria actividad. Una persona que se sienta verdaderamente arraigada a la Historia de su país por la fuerza de la sangre y del tiempo, es indiscutible que normalmente actúe en la vida con mayor eficiencia al progreso nacional, y seguramente habrá más probabilidades que se supere continuamente.

Los mencionados resultados de la divulgación genealógica constituyen a mi entender factores determinantes de “democracia”, puesto que ensalzan la condición del hombre como tal, y aumentan su valor o mérito personal, atacando por consecuencia el envilecimiento personal y el colectivo que es una de las características necesarias para la existencia de situaciones críticas sociales, que traen como resultado directo e inevitable la implantación de regímenes antidemocráticos o socialistas del tipo lesivo a la dignidad del hombre.

Tengamos presente el caso de una de las naciones más genuinamente democráticas en nuestros tiempos: Suiza. Sus tradiciones familiares varias veces seculares son tan firmes, que a pesar de la muy sólida unión política nacional de las diversas regiones que lo integran, el país está perfectamente dividido en núcleos de población de distintos

orígenes, cuyos miembros no suelen enlazarse entre sí, no pertenecen al mismo grupo bien sea al alemán, al francés o al italiano, debiéndose esa actuación a razones estrictamente tradicionales; y una vez formados los hogares, viven de acuerdo con las costumbres propias de su raza, y lo que es más, conocen perfectamente la vida de sus antepasados en sus rasgos principales aprendiendo de ellos lo bueno y sabio que siempre resulta provechoso, por muy distante que esté del momento actual por razones del tiempo transcurrido.

Imitemos en lo posible tratando de ejercitarlos en nuestro país, los factores determinantes de la conducta colectiva ejemplar de las naciones democráticas más adelantadas del mundo moderno. Tratemos de mejorar nuestra manera de ser, individual y colectiva. Es necesario enriquecer el empobrecido y casi hambriento espíritu tradicionalista nacional, que así ayudaría inmensamente al cubano en su necesaria ascensión del bajo nivel educacional en que se encuentra hoy día, como consecuencia del erróneo concepto de sus propias tradiciones a cuya formación han contribuido la ignorancia, la desidia en el propio análisis mental, y el mal consejo facilitado por equivocados directores intelectuales de una gran mayoría que han hecho creer hasta ahora que del conocimiento y el amor a lo pasado, emanan tendencias antidemocráticas opuestas al siempre esgrimido “progreso” cuando por el contrario y según queda expuesto, la evocación a los tiempos anteriores engrandece al hombre arrancándole el concepto de la fugacidad del presente que lo irresponsabiliza y envilece, e impartándole provechoso espíritu de perdurabilidad a sus obras que hará posible luego que sus hijos y demás descendientes recojan los frutos de esa grandeza.

Todo factor que propenda a incrementar la valoración del individuo dentro de la sociedad que vive, debe ser considerado y desarrollado a un máximo para así alcanzar en forma perfecta la organización social democrática que es precisamente la que ha perseguido siempre el hombre como la ideal para su completo desenvolvimiento espiritual y material; y además para que dicho factor beneficioso a esa expresión democrática saludable a que nos referimos, esto es, el resurgimiento en la mente de los cubanos de sus tradiciones seculares, contribuya a hacer posible la repudiación de las doctrinas extranjerizantes que nos amenazan hoy con fines expansionistas hemisféricos, revestidos con un falso y superficial barniz con pretensiones pseudo-intelectuales que enarbola bandera de amor a las colectividades, siendo su verdadera intención el implantar el cruel envilecimiento a todos y cada uno de los integrantes de la sociedad nacional y aun universal, contra el cual ha luchado tanto la humanidad a través de su historia, a fin de que quede atrás como manifestación de males horribles que deberían haber sido superados en forma definitiva como consecuencia de incesantes esfuerzos y sacrificios.

Cuando Cuba logre ser más tradicionalista, mas amante del pasado, será más culta y por tanto más democrática, feliz y civilizada.